



james tiptree, jr.

**MUNDOS
CÁLIDOS
Y OTROS**

En este libro se reúnen algunos de los primeros cuentos de James Tiptree, Jr., junto a los que escribiera entre 1972 y 1973, que lo situaron definitivamente entre los maestros de la ciencia ficción contemporánea: «Amor es el plan, el plan es la muerte» (por el que obtuvo el prestigioso Premio Nebula), «La muchacha que estaba conectada» (galardonado con el codiciado Premio Hugo), junto a otros once cuentos también de perfecta factura. Robert Silverberg insiste en su prólogo en la fuerza y solidez de estas historias, «a menudo profundamente feministas, pero narradas de un modo enteramente masculino». Pero James Tiptree, Jr., sorprendió a propios y extraños al revelar su auténtica identidad en 1977, al obtener de nuevo los premios Nebula y Hugo: no es otra que la antropóloga Alice Hastings Sheldon. La crítica especializada ha alabado a menudo la ruptura de las convenciones y estrategias narrativas típicas de la ciencia ficción que lleva a cabo Tiptree en su obra, siempre en una prosa fascinante y arrebatadora. No hay que perdérsela.

¿QUIEN ES TIPTREE? ¿QUÉ ES TIPTREE?

Por Robert Silverberg

El apellido Tiptree no figura en la guía de teléfonos de Manhattan de 1971, la más moderna que poseo. Yo no esperaba hallar el nombre de James Tiptree, Jr., en la guía de Manhattan porque sé que recibe su correspondencia en un suburbio de Washington D.C. Pero no había ningún Tiptree en la guía, y esto me pareció significativo porque durante mucho tiempo he creído que cualquier nombre humano se puede encontrar en la guía de Manhattan. Por lo tanto, Tiptree es un apellido insólito. (No se encuentran Tiptrees en las guías de teléfonos de la región de San Francisco, donde vivo, y sospecho que tampoco en las guías de los suburbios de Washington. Nada se encuentra *sub* Tiptree en la *Encyclopaedia Britannica*, excepto una referencia a Tiptree Heath, en Essex, donde, según mi edición de 1910, las condiciones son excepcionalmente favorables para el cultivo de fresas, frambuesas y grosellas. Un nombre insólito, Tiptree).

Y también un escritor insólito.

El nombre de James Tiptree, Jr. se insinuó silenciosamente en la conciencia del público lector de ciencia ficción en el número de marzo de 1968 de *Analog*, donde apareció una farsa frenética llamada *Birth of a Salesman* (Nacimiento de un viajante). Sus personajes se llamaban Freggleglegg, Lovebody y Splinx y se distinguía principalmen-

te por cierto ritmo lunático. Pocos meses después If publicó *The Mother Ship* (El buque madre), un relato convencional pero sustancioso acerca del primer contacto con extraterrestres; y más o menos al mismo tiempo en *Fantastic* apareció *Fault* (Falla), una pequeña narración construida alrededor de una idea sorprendente y turbadora sobre el desplazamiento temporal. (Forma parte de esta recopilación; es un buen ejemplo de los primeros trabajos de este autor). La firma de Tiptree asomaba esporádicamente en el otoño de 1968 y en los primeros meses de 1969, pero fue el nombre extraño y evocador, y no sus cuentos, lo que se grabó en mi mente.

El *Galaxy* de marzo de 1969, sin embargo, traía un Tiptree que, a pesar de la modestia de sus límites, abre ante el lector una puerta detrás de otra y por fin lo empuja limpiamente a un abismo sin fondos. Se trataba de *The Last Flight of Dr. Ain* (El último vuelo del Dr. Ain), de apenas más de dos mil palabras, que también está incluido en este volumen. *Dr. Ain* atrajo la atención de bastantes miembros de los Science Fiction Writers of America para ser uno de los cuatro finalistas en la categoría cuento breve del premio Nébula de ese año. Los otros tres eran Ellison, Niven y Silverberg; ese año, Silverberg se llevó el trofeo, pero la asociación de un nombre poco familiar con tres tan bien conocidos hizo que las siguientes narraciones de Tiptree recibieran la atención particular de sus colegas.

Dr. Ain, a pesar de esa mención, es un Tiptree relativamente primitivo. Narrado de prisa y a los saltos, presenta cambios superfluos y desconcertantes de punto de vista. El mismo Tiptree ha censurado la construcción de ese cuento en un ensayo publicado en el número de febrero de 1972 de *Phantasmicom*, una revista amateur de notas bibliográficas sobre ciencia ficción editada en Baltimore. Sin embargo, observaba en el mismo ensayo que *Dr. Ain* cumplía una de sus principales finalidades literarias: transmitir el misterio y la singularidad de la existencia. «La vida —escribía—, te

pone entre extraños que hacen extraños gestos, caricias inexplicables, amenazas, botones sin marcar que aprietas con resultados imprevisibles, parloteo en código que suena importante... y tú empiezas a seleccionarlo y comprendes cinco años más tarde *por qué* ella hizo o dijo algo, *por qué* ambos gritaron cuando tú... Tomemos *El último vuelo del Dr. Ain*. Toda la historia está contada de atrás hacia adelante... Es un ejemplo perfecto del instinto narrativo típico de Tiptree. Empieza por el final y preferiblemente a dos mil metros de profundidad un día oscuro y NO LES DIGAS NADA».

Este pasaje es una clave del método de trabajo normal de Tiptree en casi todos estos cuentos. Le gusta crear gradualmente una sensación de alienación y desorientación que nunca se resuelve por completo cuando el relato llega al climax. Tal vez a esto se debe que tantos cuentos de Tiptree se refieran a formas de vida extraterrestres, a seres cuyos propósitos y motivos son inexplicables para nosotros. Los monstruos sin mente de *On the Last Afternoon* (En la última tarde), los silenciosos invasores de *The Women Men Don't See* (Las mujeres que los hombres no ven), los horribles bultos grises de *The Milk of Paradise* (La leche de Paraíso), los seres impulsados por la biología de *Love is the Plan, the Plan is Death* (El amor es el plan, el plan es la muerte), e incluso el seductor y nostálgico extraterrestre de *All the Kinds of Yes* (Todas las clases de sí), todos reflejan un punto de vista subyacente de Tiptree sobre el universo como un lugar extraño y prácticamente incomprendible por el que erramos en una búsqueda de respuestas valiente y desesperada que sólo rara vez tiene éxito.

Tiptree ha elegido —quizás por un astuto sentido de las relaciones públicas, quizás por cierto componente secreto de su naturaleza— ocultar en el misterio su propia persona. La ciencia ficción es un campo en que los escritores se conocen naturalmente y en el que no es de ningún modo desusado que casi todos los amigos íntimos de un escritor

sean también autores de ciencia ficción; sin embargo, no conozco a ningún miembro de la fraternidad de la ciencia ficción que se haya encontrado alguna vez con Tiptree ni a persona alguna que sepa cómo es o qué hace para ganarse la vida. A medida que su reputación crecía —como ha crecido durante 1970, 1971 y 1972— se ha intensificado la curiosidad acerca del hombre que hay detrás de estos relatos, y en particular cuando se tornó evidente que se proponía mantener toda la intimidad posible en este universo literario notoriamente gregario. Escribe cartas, sí, muchas y vigorosas; pero la dirección del remitente es un apartado de correos de Virginia. No llama por teléfono a los editores o agentes ni a otros escritores. Si concurre a las convenciones de ciencia ficción, lo hace de incógnito.

Incitados por la obstinada insistencia de Tiptree en la oscuridad personal, los autores de ciencia ficción se han permitido las especulaciones más descabelladas. Se suele decir que su nombre verdadero no es Tiptree, aunque nadie sabe cuál es. (Es bastante plausible que Tiptree sea un seudónimo, pero tengo la esperanza de que no sea así. Me gusta el nombre y me agradaría que perteneciera por derecho de nacimiento al hombre que lo usa). Se ha sugerido que es una mujer, teoría que encuentro absurda porque hay para mí algo ineluctablemente masculino en sus narraciones. No creo que las novelas de Jane Austen puedan haber sido escritas por un hombre ni las de Ernest Hemingway por una mujer; del mismo modo creo que el autor de los cuentos de James Tiptree es un hombre.

Como Tiptree vive a corta distancia del Pentágono, o por lo menos utiliza una dirección postal de esa zona, y como en sus cartas ha dicho en varias oportunidades que estaba a punto de partir a algún remoto lugar del planeta, circula constantemente el rumor de que en la vida «real» es una especie de agente del gobierno implicado en tareas de seguridad. Su evidente conocimiento de primera mano del mundo de los burócratas y de los aeropuertos —demostra-

do en relatos como *Las mujeres que los hombres no ven*—apoya en cierta medida esta idea, así como su conocimiento, igualmente profundo, del mundo de los cazadores y los pescadores, en esa misma narración, parecía demostrar su masculinidad. Tiptree admitió ante uno de sus editores que había pasado la mayor parte de la Segunda Guerra Mundial en un sótano del Pentágono, y esto ha contribuido a ese mito; también parece confirmar su carácter de funcionario federal algo que me escribió hace pocos años: que era «un hombre del Medio Oeste que ha andado mucho por las junglas del mundo en su juventud y en junglas peores, con escritorios, en su madurez». Sin embargo, hace poco Tiptree ha desmentido algunos de estos rumores: «Lo repito: no trabajo para la CÍA, el FBI, la NSA, el Tesoro, la brigada antidrogas ni la policía de parques metropolitanos».

Si deseamos información no negativa acerca de su vida, debemos recurrir a la sexta edición (junio de 1971) de la valiosa revista de ciencia ficción de Baltimore, *Phantasmicom*. Los editores de esta publicación mimeografiada, Jeffrey D. Smith y Donald G. Keller, mantienen estrecha relación postal con Tiptree desde hace mucho tiempo, y a lo largo de los años han logrado arrancarle una serie de textos reveladores. En *Phantasmicom* 6 Tiptree declaraba al editor Smith:

«Nací hace mucho tiempo en la zona de Chicago y cuando niño residí en sitios como las colonias de India y África... Soy una de esas personas para quienes el nacimiento y el horrendo desarrollo del nazismo fue el hecho central de su generación. De esto he aprendido la mayor parte de lo que sé acerca de la política, la vida del hombre, el bien y el mal, el valor, la libertad, el miedo, la responsabilidad y A Qué Decir Adiós... Y, lo repito, acerca del mal. Y de la culpa. Si de una persona es importante conocer el rostro que aparece en sus pesadillas, en mi caso ese rostro se parece mucho al mío...

»De todos modos, para el momento en que terminé la década de instrucción en *Cómo Son Las Cosas* proporcionada por este acontecimiento (ya se sabe: unirse a organizaciones, ingresar en el ejército, participar en las primeras formas del sentimiento americano de izquierdas, preocuparse por *Si Va A Ocurrir Aquí* —ocupación que no he abandonado—, salir del ejército, tener un pequeño cargo en el gobierno, intentar alguna actividad comercial, etc., etc.) comprendí que toda mi vida, mi carrera y mis capacidades tal como eran, mis amigos, todo en general, había sido conformado por ese acontecimiento y estaba muy lejos de lo que vagamente yo me había propuesto hacer».

La persona que se presenta ante mí a través de estas afirmaciones autobiográficas no parece ninguna clase de agente secreto aunque bien puede tener alguna relación profesional con la burocracia de Washington. El mismo Tiptree, en la entrevista de Smith, expone varios motivos de su rígida separación entre la vida personal y la carrera literaria y, entre ellos, sus sentimientos de que la evaluación de un relato hecha por un lector no debería ser afectada por el conocimiento especial de los antecedentes o la personalidad del escritor. Dice además: «Entre la gente con quien tengo relación hay muchos especímenes de hombre prehistórico; en ellos, la noticia de que escribo *ugh, ciencia ficción* destruiría la poca credibilidad que me queda». Pero también invoca cierto espíritu juguetón: «Probablemente, el resto de mi deseo de secreto no es otra cosa que diversión infantil. Por fin tengo lo que desea todo niño: una verdadera vida secreta. No un secreto oficial, no un secreto de mierda-la-cápsula-cuando-lo-cojan, no el maldito secreto de nadie sino el MÍO. Algo que ELLOS no saben. Al carajo el *Big Brother*. Un hermoso mundo secreto REAL, con personas reales, amigos maravillosos, seres capaces de grandes hazañas y palabras mágicas. La gente de Frodo sí se quiere; ellos me escriben y aceptan mis ofrendas y maldito sea si tengo ganas de abrir la puerta entre la realidad mági-

ca y la tormenta universal de mierda conocida como el mundo (una lágrima) real...».

Así es entonces James Tiptree, un hombre de 50 o 55 años, calculo, posiblemente soltero, amante de la vida al aire libre, inquieto en su existencia cotidiana, un hombre que ha visto gran parte del mundo y lo comprende bien. Aunque todo esto es una mera hipótesis fundada en las pruebas que aportan los artículos de *Phantasmicom* las cartas ocasionales de Tiptree y las narraciones mismas que, según pienso, muestran gran parte del Tiptree auténtico en personajes como el Dr. Ain, que se desliza de un aeropuerto a otro o como la Ruth Parsons de *Las mujeres que los hombres no ven*, resueltamente reservada acerca de todos los aspectos de su vida al servicio del gobierno. Lo que no es hipotético es la calidad de los escritos de Tiptree, que se ha tornado cada vez más profunda y vigorosa en los pocos años transcurridos desde sus comienzos.

«Mi verdadera finalidad es no aburrir —ha escrito—. Leo mis textos buscando con radar el primer decaimiento, la primera señal de aburrimiento inminente. El principio del relleno insignificante, la basura, la inmoralidad. Las repeticiones... San Sebastián ensangrentado, ¡cómo me he aburrido en mi vida! Yo no le haré eso a nadie. Si puedo evitarlo».

Los cuentos de Tiptree no aburren. Son delgados, musculosos, flexibles; consisten en gran medida en diálogos interrumpidos por explosivas descripciones desnudas. Aunque no hay influencias estilísticas discernibles, pienso que su obra se parece en eso a la de Hemingway, que prefería ser simple y directo, por lo menos en la superficie. Era también un formidable y extraordinario innovador técnico que reestructuró el carácter del cuento moderno, pero Hemingway mantenía ese aspecto de su arte cuidadosamente fuera de la vista del lector casual. Hemingway era un escritor más profundo y engañoso de lo que pretendía, y esto mismo ocurre con Tiptree, que oculta detrás de una apa-

rente negligencia una sorprendente habilidad para crear escenas y llevar al lector incauto a inesperados abismos de experiencia. En ambos autores prevalece también la masculinidad, la preocupación por el coraje, los valores absolutos, los misterios y pasiones de la vida y la muerte tal como se revelan en las pruebas físicas extremas, el dolor y la pérdida. Desde luego, Hemingway disminuyó su reputación de escritor en sus últimos años al permitirse escapadas públicas que lo mostraban insensato y absurdo; Tiptree no ha cometido ese error.

Éste es sólo el segundo libro de Tiptree que se publica. El primero fue *Ten Thousand Light Years From Home* (A diez mil años luz de casa, Ace Books, 1973), una colección de quince cuentos publicados originariamente entre 1968 y 1972. Incluye la mayor parte de las primeras narraciones; curiosamente, varias obras importantes de 1969 han sido excluidas hasta hoy, entre las cuales la más conspicua es *Your Haploid Heart* (Tu corazón haploide). La recopilación de Ace Books, que cubre cinco años de trabajo, muestra la evolución de Tiptree, primero un hábil manipulador de materiales convencionales de ciencia ficción y luego un artista más oscuro y poderoso. Relatos como *And I Awoke and Found Me Here on the Cold Hill's Side* (Y desperté y me encontré aquí en la ladera de Cold Hill, 1971), *The Man Who Walked Home* (El hombre que volvía a casa, 1972) y la terrible pesadilla de *Painwise* (En la dirección del dolor, 1972) dan testimonio del nuevo Tiptree más profundo.

Este volumen proporciona también una sección transversal de la obra de Tiptree; no sólo contiene los relatos más recientes sino también varios de los primeros dos años de su carrera: *El último vuelo del Dr. Ain* (1969), *Falla* (1968), *Through a Lass Darkly* (A través de una muchacha, oscuramente, 1970) y dos o tres más. Son relatos breves, valiosos, y ser su autor no haría daño a nadie; pero aquí sirven principalmente para esclarecer el desarrollo del futuro escritor.

El corazón de este libro se encuentra en el grupo de historias de 1972 y 1973. Como por ejemplo *Las mujeres que los hombres no ven* (1973), una especie de obra maestra, estructuralmente simple pero vivido en sus detalles e insuperable por su penetración psicológica. La solución es un antiguo tema de la ciencia ficción —mujeres terrestres raptadas por los tripulantes de un platillo volante—, pero redimida y totalmente transformada por una asombrosa visión de las mujeres que intercambian a un conjunto de amos extraños por otros que podrían ser más tolerables. Es un relato profundamente feminista narrado de un modo enteramente masculino, y merece la atención de todos aquellos que estén en primera línea en las guerras de la liberación sexual, tanto hombres como mujeres.

Luego está *En la última tarde* (1972) que es para mí un relato fallido, que intenta, sin éxito completo, combinar una narrativa introspectiva con escenas de terrible energía. Sin embargo, a pesar de sus problemas de estructura, es valioso porque demuestra uno de los dones peculiares de Tiptree: su capacidad de crear una escena de movimiento sostenido y prolongado, un *juggernaut*; cuando los extraterrestres llegan a la costa con su monstruoso volumen incapaz de pensamiento revelan una especialidad característica de Tiptree, *la sensación de un proceso continuo*, que hace la escena literalmente inolvidable. [Véase también el ascenso de Evan al Clivorn en *And I Have Come Upon This Place by Lost Ways* (Y he venido a este lugar por caminos errados) o la manifestación de un ser extraterrestre en un cuento largo no incluido en este libro, *A Momentary Taste of Being* (Un momentáneo sabor de existencia)].

Y tantas cosas más: la cómica extravagancia de *Todas las clases de sí*, el premio Nébula *El amor es el plan, el plan es la muerte*, el premio Hugo *The Girl Who Was Plugged In* (La muchacha que estaba conectada), el siniestro y pavoroso *La leche de Paraíso...* Un verdadero festín. Un libro insólito, un insólito escritor.

Y todavía esperamos mucho más. Por lo que sé, Tiptree aún no ha escrito una novela; el cuento largo *Un momentáneo sabor de existencia*, publicado en 1975, es lo que más se parece a un trabajo en gran escala. Cuando esté preparado, escribirá una novela y nos sorprenderá. A sus 50 o 55 años, o a la edad que tenga, Tiptree está en constante proceso de cambio y crecimiento. En el más reciente de sus textos de *Phantasmicom*, un ensayo memorable titulado *Going Gently Down* (Descendiendo suavemente) reflexiona sobre la aproximación de la ancianidad y concluye con estos pensamientos de excelente augurio para el curso futuro de su desarrollo como artista:

«Cuando se llega a los 60 (me parece) el cerebro es un sitio de increíbles resonancias. Está lleno de vida, historias, procesos, modelos, analogías vislumbradas entre un millar de niveles... Una explicación de la lentitud con que responden los ancianos es que cada palabra evoca mil referencias.

»¿Qué ocurre si eso se puede liberar, abrir? *Dejar caer el ego y el status*, dejar caer todo y respirar el viento, percibir con los sentidos que se oscurecen lo que allí está creciendo. Dejar que las resonancias se fundan y jueguen y vuelvan cambiadas diciendo cosas nuevas. Quizás sea posible hallar una forma de crecer, de cambiar una vez más interiormente... aunque el exterior repita «¿cómo, cómo?» y los dientes huelan mal.

»Pero para hacer esto hay que prepararse de antemano durante años. Prepararse para el retiro y emigrar hacia lo alto y hacia el interior de la torre más fuerte, con la última ventana hacia el exterior. Prepárate para el viaje mágico final, prepara tu cerebro. No temas la verdad. Carga el combustible como un buque fluvial de vapor para quemarlo íntegro en la última gran carrera río abajo sin preocuparte y echa al fuego los muebles, la cabina, todas las cubiertas hasta la línea misma de flotación, y ocúpate solamente de que ese fuego te lleve hasta donde nunca has estado antes.

»Quizás... de alguna manera... sería posible».

TODAS LAS CLASES DE SÍ

El primer extraterrestre que llegó a la Tierra estuvo setenta y dos segundos; era un televolpt. Hizo tres volpts inversos y se trajo desde la región de Lyra.

—Por Dios —dijo más tarde—. Qué barullo. Todo el mundo emitía, nadie recibía. Insistiré en que pongan una advertencia en Ephememis.

Luego vio la Tierra un grupo de xenólogos de Highfeather, incapaces de aguantar nada.

—Allí la inteligencia simplemente no ha evolucionado —informaron—. Las estructuras sociales están al nivel de un crudo ritual de incubación, con alguna organización ciánica migratoria. Francamente, parece inanidable. Un fastidioso montón de mamíferos ha llenado el lugar de conchillas rotas. Sólo puede interesar a estudiantes de seudoevolución.

Algo más tarde, un oscuro mimestral pasó por casualidad y se quedó el tiempo suficiente para componer una tocata de hidraulión conocida como Ritos de Excitación Masiva de un Día de Deporte. A partir de ese momento la Tierra alcanzó pequeña fama como fuente de aciertos de audio a la última moda.

En el momento de nuestra historia, los únicos extraterrestres en residencia permanente eran una pequeña misión evangélica cerca de Strangled Otter, Wisconsin, y cuatro locas ratas de fuego del planeta Dirty que especulaban en bienes inmuebles en Nueva York fundándose en la premisa de que el aire estaría pronto libre de oxígeno. Había tam-

bién el rumor de algo o alguien escondido en la meseta central australiana.

Cerca del sistema no había líneas regulares de transmisión. De modo que cuando llegó, nuestro héroe —por decirlo así— lo hizo mediante desmoronamiento estipulado; esto indicaba, incidentalmente, gran riqueza o desesperación. En realidad, él poseía ambas cosas.

Su nombre se podría expresar mediante una configuración de energía seguida por varios gestos, y carece de importancia aquí.

Había ordenado a su sastre que le cultivara un soma del tipo mamífero predominante, valiéndose de las muestras del viejo informe de Highfeather. En consecuencia, se materializó en el parque de automóviles del New State Department una mañana de mayo, a la hora punta, en la forma de un joven desnudo, con el trasero de un mandril, de cinco metros de altura y brazos muy peculiares.

Afortunadamente su biotec había previsto algunos ajustes optativos. Después de un breve paseo por la calle E que enriqueció considerablemente a la industria psiquiátrica de Washington, se deslizó en el portal del Sindicato Internacional de Obreras del Vestido para hacer un rápido retoque. Salió con el aspecto de un joven e idealizado David Dubinsky y cuando extinguió el halo se mezcló de inmediato con la apresurada muchedumbre.

Lo primero que descubrió fue que las hembras terrestres poseían un misterioso atractivo.

—De modo que esto sirve para eso —se dijo—. Qué curioso.

Una flexible hembra joven le echaba los brazos al cuello y generaba temblores en el traje Dubinsky 1935.

—¿Querría anidar, *madame*? —preguntó, mientras la muchedumbre los impulsaba a través de un cordón policial. Afortunadamente lo dijo en Urdu, por lo que sonó muy parecido a «socorro, socorro».